

conocido como apta para suceder á su padre; y auxiliado su lógico razonamiento con un ejército de 40.000 bayonetas, ha probado sufriendo que ella sola era la que tenía razón, y que lady Juana era una usurpadora y criminal.

—Y por eso la condenan á muerte! dijo Fairy.

—Por eso y no obstante, que es ese vejatorio de duque quien lo ha hecho todo; hasta la declaración de Eduardo VI, que designaba á lady Juana por su heredera.

—Y no había también otra de Enrique VIII, en favor de María Estuard, para en el caso en que su sucesor Eduardo muriese sin hijos!

—Ciertamente, pero que lo medite bien, pues que lady Grey poseía un título parecido, y mas le vale permanecer en la pobre Escocia, porque si no...

—Bah! exclamó Fairy, aprovechad la ocasión, que no sucede lo que hoy todos los días; no se encuentran á cada paso en el trono reinas que se complazcan en condenar á muerte á sus rivales y parientes.

Diciendo esto se separaron: tres criados acompañaron á Fairy, que se dirigió á Tburn, y uno solo siguió á Jack á la torre.

Cuando llegó la tarde, Fairy fué el que primero regresó; su continente era firme, sereno, y parecía como satisfecho de sí mismo. Preguntó por su maestro Jack, y se admiró de que aun no hubiese vuelto. Discurriendo sobre lo que motivaría tan prolongada ausencia, concluyó por decir que era urgente recomplazarle, porque estaba ya torpe y viejo. Mientras tanto disponían la mesa, en la que sirvieron una enorme marmita rebosando un guiso de tajos de carne que hacía sentir su fragancia envuelta en los vapores que despedía. Cuando mas entretenidos estaban haciendo alarde de sus toscas oportunidades, abrió la puerta y se presentó Jack pálido, triste y profundamente preocupado. El criado que

le acompañaba venia como él, trémulo. Despues que pasó del umbral de la puerta, sacó de debajo de la capa su pesada cuchilla, y levantándola por encima de su cabeza la arrojó con toda su prodigiosa fuerza á la pared que tenía enfrente, donde penetró, vibrando por largo tiempo el cabo ó mango como si la sostuviera una mano convulsiva.

—¡Maldición, exclamó; qué infamia!

El mas grande silencio reemplazó á la alegría de los que le miraban, rodearonle todos y quisieron informarse de lo que producía aquel acceso de desesperación, pero nada respondió, y solo repetía ocultando el rostro con las manos:

—¡Si; lo que he hecho es infame, infame!

En seguida tomó un jarro de cerveza, lo apuró de un solo trago, y dijo:

—Comamos. Se sentó á la mesa; todos le consideraban con una curiosidad que reprimía la sombría expresión de su semblante. Comía brutalmente, y bebía de la misma suerte; despues se detuvo, apoyó la cabeza entre sus manos, sus facciones se iban calmando poco á poco de la alteración que experimentaban, y Fairy se aventuró á decirle:

—Y bien, señor Jack, ¿qué tienes?

—Fairy, le contestó con acento alterado, ¡lo que he hecho es una maldad! Imaginate que llegué á la prison, y me introdujeron en la sala donde había de cumplirse la sentencia; el tajo estaba ya dispuesto, y tres soldados guardaban cada puerta; mas apenas habíamos llegado, cuando se apareció una mujer; esta mujer era la princesa Isabel.

—¡La princesa Isabel! exclamó Fairy.

—La misma, que su hermana María Tudor tiene encerrada en la torre, no obstante que nadie la acusa.

(Continuará.)

VARIEDADES.

SUPPLICIO DE JUANA GREY.

(CONCLUYE.)

—Y fué por acaso á considerar la suerte que la amenazaba?

—No sé, repuso Jack; estubo examinando largo rato aquella estancia; despues se acercó á mí y tambien me examinó con atención, en seguida sacudió fuertemente las losas del suelo con el pié y preguntó:—¿Está muy profunda esta sala?—Los ayes de un niño, le contesté, no llegarían á oídos de su madre.—Y desaparece facilmente de estas piedras la sangre que se derrama en ellas? añadió, y replicó:—Algunas pintas de agua bastan para que se borren todas las manchas. Se sonrió, y olvidándose de los que la mirábamos, apoyó una mano en el tajo y empezó á reflexionar, porque poco á poco se preocupó de tal manera que habia consigo misma; mas no pudo entender ni una sola palabra de las que dijo. Al punto ordenó á un soldado la guiar al encierro de lady Juana, y salió. La entrevista debió ser larga, que hasta despues de una hora no vino un oficial que nos encargó estaríamos prontos; casi al mismo tiempo apareció lady Juana Grey. Mucho

había oído hablar de su belleza, pero nunca me había figurado fuese una mujer tan hermosa, tan jóven y tan noble, ni que se presentara tan serena y resguardada en tan cruda prueba. Acompañabanla dos sacerdotes católicos, uno de ellos enviado por la reina á fin de convertirla á la verdadera fe, y para ayudarla y disponerla á sobrelevar la muerte, mas no consiguiendo nada con sus exhortaciones, la dirigió una arenga fulminando los mas implacables anatemas para intimidar su conciencia á vista del fatal instrumento que debía cortar el hilo de sus días. Le mostraba el tajo sobre que rodaría su cabeza, le pintaba lo mas vivamente que le era posible los tormentos del suplicio; tomó de mis manos la cuchilla, y blandiéndola de manera que el reflejo de la luz la hacia brillar siniestramente á sus ojos, la comulmaba con amenazas horribles y con la certidumbre de la eterna condenación. Todos los que presenciaban aquel espectáculo se estremecían, temblaban, solo ella tranquila, serena y completamente resignada, parecía tan sorda como una estatua y como si no comprendiera nada.

—Yo creo, dijo lady Juana, que el peso respectivo de las faltas de cada criatura, sea por sí solo el que haga inclinarse mas ó menos la balanza de la justicia divina, y que no alivia ni agrava la consideración de los pecados, las plegarias ni las maldiciones de los hombres. A Dios se recomiendan las almas como se recomienda un acusado

á sus jueces, pero no se le seduce: ni se le compra; esto es lo que la corte de Roma ignora ó pretende ignorar. Dispensadme, pues, ya, de escuchar por mas tiempo vuestras exhortaciones. El sacerdote se retiró entonces exclamando:—¡Mueres infeliz en la impenitencia final y eterna condenacion! La maldijo y salió. Juana sonrió tristemente, y volviéndose hácia el oficial que mandaba la escolta, sacó una carta del pecho y le dijo:—¿Queréis entregar mi última despedida á mi hermana?—Señora, contestó el oficial, la pondré en sus manos aunque ignore su contenido, y no obstante la orden que tengo de la reina María para impedir estralimito la prision ningún papel escrito de vuestro puño.—Podeis eatareros de su contenido si gustais, repuso lady Juana. El oficial la abrió y se mostró vacilante.—¿Encontrais algo de culpable en el postero adios que da una muger á su hermana en el instante de sucumbir? ¿Temeis acaso que una cosa tan simple escrito la ira de vuestra reina?—No creo, señora, que pueda atraerme responsabilidad, ni que encierre criminalidad de ningún género, porque es muy reducida; pero no sabría dar razon de su contenido, porque tan corta como es, está escrita en caracteres para mí desconocidos.—Sí, dijo tristemente lady Grey, es un último homenaje á mi culto, un adios á mis últimas inclinaciones: sí, he escrito esa carta en un idioma extranjero y muerto tambien, como estaré yo dentro de breves instantes.

Es el mismo idioma que se hablaba en la bella Grecia, que coronaba sus hijas para embellocerlas mas; en el idioma que se refiere, y en que aprendí yo el sacrificio de Ifigenia sobre el mismo altar que erigió la ambicion de su padre. Bien, llamad á sir Tomas, obispo de nuestra iglesia de Inglaterra, y encerrado como yo en esta torre, él podrá leeros esa carta. Un soldado fué á llamar á sir Tomas, y mientras tanto Juana se pasaba lentamente

á lo largo de la sala de la ejecucion; á poco se detuvo como sorprendida, al ver aparecer al teniente—conserje de la torre.—Y bien, exclamó, que... no pasó adelante, porque el recién llegado comprendió donde iba á parar la pregunta que le dirigia, y exclamó algun tanto conmovido y con cierto acento de solemnidad:—Todo acabó, señora.—¡Todo! repitió ella; despues añadió, han sucumbido...—Como héroes, dijo el teniente.—El duquel exclamó Juana Grey.—¿Con desien y valentia.—Mi padre.—Serenó y con admirable resignacion.—¿Y Dudley?—Dudley, sonriendo y señalando al cielo.—Ya voy; voy, exclamó lady Juana, cayendo de rodillas, á reunirme para siempre contigo, mi Dudley.

—Ciertamente que han sucumbido como valientes, dijo Fairy con acento conmovido; ¡y despues!

—Llegó sir Tomas, repuso Jack; tomó la carta y la leyó en inglés y en alta voz: ¡Misericordia divina nada tan hermoso como esta carta. La desventurada é ilustre jóven se compadeció de su hermana; iba ella á sucumbir, y procuraba infundir resignacion y esperanza en el ánimo de los que debian sobrevivirla; lady Juana iba á morir, y al mismo tiempo perdonaba; ella era la victima y pedia al cielo gracia para sus verdugos. Fairy; era desagradador el cuadro que presentaba aquella interesante criatura que ofrecia á mi cuchilla su garganta, y que se mostraba en medio de aquel impotente y lúgubre aparato, rodeada de soldados, con un sacerdote en hábitos pontificales, yo, carceleros y otra porcion de hombres que debiamos ya tener el corazon petrificado, y que sin embargo rodaban nuestros lágrimas cual las de un niño castigado por la blanda mano de su madre, mientras que ella permanecía serena y brillaba en su rostro la expresion de la mas completa tranquilidad.

—Y despues exclamó Fairy.

—Despues fui quien desaté el broche de su gargantilla; mis manos cor-

taron sus frescos cabellos. Por mi alma Fairy que temblaba como un maná; me dirigia con bondad la palabra, me faltaban las fuerzas, tenia oprimido el corazon, y cuando todo estaba dispuesto, pregunté tres veces seguidas por el hacha sin notar que la tenia junto á mí. Se detuvo como para darme tiempo á que la hallara, y conociendo sin duda mi turbacion, dijo ella misma:

—¡Dios sea bendito! vale mas morir que matar. En seguida se arrojó, calculé el espacio que habia de medir la cuchilla, y levantándola en alto di un golpe y hert, pero cobardemente, cerrando los ojos y volviendo la cabeza...

—Pero cayó, dijo Fairy.

—No, repuso Jack, mi pulso temblaba, y aquella delicada garganta, tan flexible como la de un cisne, no la tronché con el hacha del primer golpe y me fué preciso secundar. ¡Maldicion! sí, una infamia es el suplicio de tan bella é inocente criatura. Estaba yo trastornado, y cuando nos quedamos solos, ocupados en lavar la sangre y guardar el tajo y demas utensilios que habian servido á la operacion, entró la princesa Isabel, echó una mirada en torno de aquella fatal estancia, y dijo:

—Bien, ¡ya no existe!—Escucha, Fairy, si es cierto lo que dicen de que la reina María Tudor se halla enferma y amenazada de muerte, y le sucediese en el trono la princesa Isabel, anulando el acta de declaracion de su ilegitimidad, será necesario tambien que en aquella misma estancia y sobre el mismo tajo se derrame la sangre real, la sangre de una muger, y si tal sucediera, Fairy, yo te juro que primero me cortarí la mano que cumplir otra vez mi terrible deber.

—¿Me cederíais la vez? preguntó Fairy.

—Sí, y séate dado á tí no deshonrar tu profesion como yo la he deshonrado hoy!

Veinte años despues de estos aconte-

cimientos y de esta conversacion, cuando Isabel hizo decapitar á María Estuard, Fairy, el verdugo, tuvo tambien necesidad de sacudir dos golpes para separar la cabeza del tronco de aquella hermosa muger.

MONSANT.

I.

El tiempo y los hombres estamos pasando un período de crisis. Mientras que el progreso liberal y el socialismo de Lamennais adelanta en el Mediodia de la Europa por medio de las guerras civiles, los inviernos nos parecen mas crudos, y las estaciones se hacen mas desiguales: con la gigantesca industria que crea sus máquinas de vapor en todas las combinaciones del mecanismo, van desapareciendo los bosques, y las minas de carbon metálico se van agotando. Todavía no entra en el cálculo político esas prodigalidades del dia, y esa indiferencia culpable para con los siglos futuros, que son tanto mas criminales, cuanto hace mas de cien años predijo Colbert la ruina de Francia por esta causa, y es de creer verdán las naciones cultas cumpliera la profecía de aquel grande hombre á medida que se multiplican los caminos de hierro.

La desamortizacion de los inmensos bienes del clero ha contribuido poderosamente en España, á esa devastacion febril en que se han empleado los capitales, convirtiendo los grandes bosques en viñedos y praderas, haciendo copios de maderas y abaratando la leña por uno ó dos años; utilidad momentánea y parcial que rebunda en perjuicio y despues en esterminio de una fuente de riqueza general.

Durante los diez últimos años, hemos visto destruir el magnífico arbolado de Monsant en Cataluña, y no du-

el rosal silvestre, el geranio, la centaura, la genciana, la poligala, la salvia, el laurel, la gayuba, cuyo fruto embriaga, el arrayán y el cedro que hemos visto en una finca propia fuente que hay no lejos de la Morera está rodeada de mirtos, y otra en el corazón del monte llena de elshoros. También hemos encontrado en la sierra el espino cervino, el espanto lobos, la globularia, la eínglosa, el apio de perro, la sardinera, la escabiosa, la escorzouera, el grosellero negro, el brusco, la imperatoria, el marrubio, la prunela, el canneso, la alhucema, el mezerion, el ranúnculo, la celidonia, la cardiflada, la agrimonia, la filipendula, la consistida, &c., &c. &c. La mayor parte florecen en Mayo, y hemos visto recoger las mieses en Setiembre algunos años.

Del reino animal encierra su recinto vivoras de dos pies de longitud, que creemos es el maximum reptil. La moricadura de la vívora es tan venenosa, que ha habido ejemplos de haber muerto no pocos á las dos horas, y todos los días hay desgracias entre leñadores, pastores y el ganado. Conocemos un labriego de Cornudella que llevó un día hasta el último extremo de la economía el cálculo de la codicia. Mordido en el pié en Monsant por una vívora, despues de cogida esta y machacada sobre la herida, que se crece ser el mejor antidoto, regresaba á la villa de una distancia de una legua, y por haberse roto un costal de trigo, tuvo la paciencia de irlo recogiendo grano á grano por el camino hasta media fanega; y hagámonos cargo, de que además del dolor de la herida, cuando llegó á casa tenía el pié muy hinchado, agarratada la pierna, vascas, vómito, en una palabra, el veneno obrando ya en todo su organismo.

Las águilas que se crían en el monte son blancas y pequeñas; en cambio son de primera magnitud los buitres, como que uno muerto en 1846 tenía

doce pies del extremo de una ala á la otra. Los gavilanes también son pequeños, hay algunos buhos, cuervos y grajos; corzas, ciervos y lobos, casi han desaparecido del todo.

II.

Es fundada la opinión de la traslación diluviana de la cordillera de Monsant, cuyas masas calcáreas están hoy día sobrepuestas encima de capas de areniscas y fajas de cuarzo que tampoco creo primitivas; los cartijos, cuyos conocimientos en geología y botánica eran bastante profundos, habían hecho varias observaciones en apoyo de la teoría de los sacudimientos e inundaciones gigantescas que conserva la tradición, y cuya esplicacion ha dado fama inmerecida á un decuento escritor del siglo pasado.

La población de la sierra fué en el siglo XI, y á buen seguro los monjes de San Bruno principiaron el desmonte de la comarca, que al presente se ha convertido en tala universal. En aquella época de barbarie, bajo el imperio del feudalismo, cuando todavía el islamismo ocupaba una parte considerable de la Península, era una lecura ó vocacion cristiana aislarse en un desierto, cuya posesion pertenecía al vencedor de una lucha religiosa; y por lo mismo sangrienta, y no solo hablamos por los conventos de los discípulos de San Bernardo y otros fundadores, sino por las comunidades del bello sexo, que algunos años despues se espacieron por las soledades de las selvas y montes, espuestas á deplorables vejaciones, y sobre todo buscandolos años aséticos en los parages en que por precision debian estar con mayor cuidado, para velar por su seguridad material que no la espiritual, pues dicen: no anda el diablo en los montes.

Los restos de aquellos tiempos de penitencia se ven en las ruinas de las ermitas ó santuarios de San Bartolomé, San Antonio, Santa Bárbara, Santa Magdalena y San Juan, llamado rul-

garmento del Codolá, de los cuales algunos existen todavía. Sabiendo desde el valle que ocupa la cartuja de Scala-Dei, á mano derecha estaba la ermita que fundó el obispo de Urgel D. Andrés Capilla, y por dicho motivo se llamaba del obispo, cuyos alrededores son pintorescos por formar el monte una media luna de montecillos, un anfiteatro encima del desierto. Desde la ermita se divisan las aguas verduzcas del Ebro, y las aguas de Monsant reunidas en aquel punto con arteificio, forman dos arroyos copiosos que se reúnen en un acueducto magnífico que las conduce al fondo del valle. El santuario de San Antonio de Montealto, á la izquierda de la cartuja, también está destruido. El de Nuestra Señora estaba situado sobre los picos orientales de la sierra, desde donde se describen las ciudades de Lérida y Tarragona, los Pirineos, las Baleares, y las riberas del Ebro. Los robles flámencos que ocupaban la loma meridional del santuario han sido cortados, las praderas están incultas, y el nuevo propietario ha convertido la iglesia en estable. Debajo del mencionado se halla todavía el de la penitente Magdalena, que la revolución ha respetado, la espilla es espaciosa, los adornos ricos y amena la posicion que ocupa. A la misma falda se encuentran las de San Bartolomé, y Santa Bárbara, al otro lado y en el término de Cornudella la de San Juan, que es muy hermosa, no solo por su situacion pintoresca en medio de enormes peñas desgajadas, de la cima del monte, sino por las preciosas pinturas y ornamentos que posee. Está rodeada de cipreses, y es lugar de romería mas frecuentado de la comarca. El día 16 de Mayo de 1844, se desgajó del monte una mole que rodó hácia el santuario, que se calcula pesaria veintemil quintales. A medio cuarto de legua de la villa de la Morera está la gran finca llamada de Bon-repós, que fué convento de monjas de la órden del Cister, y hoy día pertenece al Señor D. Geró-

nimo Merelo. Antes de la revolucion era una granja dependiente de Scala-Dei y un recreo del prior de aquella Cartuja. Cerca de Grattelops hay la iglesia de la Virgen del Consuelo, y para no seguir en tan minuciosos detalles, las fallas de Monsant, contienen veinte y nueve villas; con mas de treinta alquerías y casitas de labor. Desde Albarca hasta el Ebro en forma de franja divide la provincia de Tarragona de la de Lérida, y acarrea en dos cauces aguas copiosas que van á morir en el Ebro cerca de Venebre.

En 1810 una division francesa mandada por el duque de Tarento, pasó por Monsant, con direccion á Tortosa. No creemos pueda ocupar otra página en la historia.

Los que desde niños hemos recorrido aquellas crestas, vagado en sus bosques y penetrado en las grutas de Monsant, nos preguntamos, ¿en qué consiste ese desencantamiento supersticioso de los recreos silvestres, y ese indiferentismo material en un siglo tan positivo? La naturaleza, ese gran libro de la verdad, ha sido olvidado; todos aprendemos á leer á fuerza de tiempo, páginas que el hombre escribe como las conchile, esto es, aprisa y sin objeto; el arte imprime y no edifica; el vapor ha sido aplicado á la economía animal, y todos necesitamos muchos años de medicacion para comprender algo de tanto como se escribe. A buen seguro aquellos que la judicosa antigüedad apellidó con el nombre de sabios, no soñaron jamas que pudiese constituir un estado en la sociedad el oficio de escribir rasgos innecesos de una imaginacion ardiente.

Los que hemos pasado parte de la vida lejos del gran mundo, los que hemos hureonado esas moles inmensas del globo terráqueo, somos capaces de sentir la impresion de la naturaleza virgen que deja para el porvenir la huella eterna del aislamiento; un recuerdo de paz y de dulzura que se mezcla con los demas recuerdos, aumentando la dicha de unos y disminu-

yendo la amargura de los otros. Nos penetraba cruelmente en mi cuerpo, y hechos incrustado en las rendijas de la montaña, como el campuero en la cañal de Peris; su ambiente nos es ne-impresiones materiales. Al otro día el cesario; nos encontramos como inquietos en las grandes poblaciones, y es mundo mudo, compuesto de piedras y bosques.

Durante el último otoño, mientras que la guerra civil ardía á nuestros pies, estuvimos contemplando los famosos sepulcros impropriadamente por los cristianos fugitivos de la primera invasión de los africanos. A no ser por una cruz tosca, trabajada groseramente en la cara interna de las losas, no habríamos adivinado á quién podían pertenecer aquellas soledades impenetrables entonces. Una de ellas nos recordó durante un fuerte aguacero que cayó en la mañana del 2 de Octubre, y vivos y muertos estuvimos en la cueva que encontró la casualidad hace pocos años.

Había oído contar á varios monjes del cuenco que produce la compañía de un difunto en una cueva y durante una tempestad, especialmente cuando está acostumbrada la imaginación á retrogradar á los siglos pasados. Me había burlado de aquella superstición pueril, porque no había sido capaz de sentir. Recordado á la sazón sobre una peña que sirviera de almohada al difunto, fijé las miradas en la bruma que la lluvia amontonaba á la entrada de la gruta, cuanto más me engolfaba en los recuerdos de aquella época, otro tanto se apoderaba de mí esa melancolía tranquila, que la naturaleza nos pinta en las lluvias del invierno en que las gotas caen suavemente unas tras otras; la ilusión de los sentidos pasaba al corazón, móvil cual me dejara la mañana. Entonces, á favor de la oscuridad, ó azotar la lluvia las hojas de los acebos y madroños, el viento que silbaba entre las ramas espesas de los matorrales; sentí la humedad de la atmósfera que

me acordó de los caudillos carlistas oyendo á la Rossi en la Norma, sentado en uno de los magníficos sillones del gran teatro del Liceo en Barcelona.

En la Cueva santa lei hace ocho días las partes telegráficas que anunciaban la caída de la dinastía de Orleans del trono de Julio, y para juzgar acerca del desenlace de las jornadas de Febrero, abrí el libro de las Armonías del actor Alfonso de Lamarine, hoy día actor principal del gran drama.

Dichosos los que habitaron las soledades, lejos del bullicio y de las luchas. El alma del viagero se eleva al pensar en ello hasta las ideas más sublimes, porque se ve arrastrada por dulces ensueños. El silencio tiene allí armonías misteriosas; fórmanse nubes y rugen tempestades á los pies del observador, el cielo y la tierra se tocan, y el hombre se convierte en ángel. Allí se siente rodeado de un ambiente balsámico y puro que apenas respira; las aromas de las flores y la sutileza de la atmósfera, sostegan las palpaciones del corazón; se adormecen los recuerdos, el cuerpo material parece ser evapora, y el hombre erce en Dios, porque enveve un porvenir de felicidad más allá del horizonte azul.

Marzo, 1848.—S. S.



VARIETADES.

FRANCESCO PETRARCA.

Los jibelinos y los güelios asolaban la Italia, y estos partidos, entregados á la mas espantosa división, hacían surgir nuevas facciones que aumentaban la desolacion, uniéndose á la guerra general tantas guerras parciales como ciudades contaba la Italia. Los florentinos, gibelinos, se dividían en su poblacion en blancos y negros que se desterraban alternativamente. Arezzo fué el lugar destinado para punto de destierro de la familia de Petrarca, y en él nació Francisco en la noche del 20 de Julio de 1304, en ocasion que su padre y otros blancos intentaron infructuosamente sorprender á Florencia. Aun no había cumplido Petrarca los diez años, cuando le llevó su padre al condado de Aviñon, donde Clemente V acababa de trasladar su pontifical residencia. Desde este punto envió su padre á Montpellier, á fin de que estudiase la teología y el derecho, ciencias que en esta época se concebían como indispensables, pero á las que el jóven Petrarca no manifestaba la mayor inclinacion, prefiriendo á este estudio el de Ciceron y Virgilio. Su padre, lejos de animarle en este género de literatura, arrojó un día al fuego los libros favoritos del adolescente, cuya imaginacion precoz se habia exaltado á la edad de diez años al ver la fuente de Valclusa. Pe-

ro un genio, verdaderamente llamado tal, que se entusiasma y admira las bellezas de la naturaleza, no se desanima nunca, y por eso Petrarca, si bien fué sabio por obediencia, no dejó sin embargo de ser poeta. Envióronle después á la Universidad de Bolonia, donde adquirió la amistad de Cino de Pistoia, cuyos versos le habían grangeado una gran reputacion literaria, y este distinguido poeta corrigió y alentó los primeros ensayos de su amigo Petrarca.

A la edad de veinte años se quedó Francisco sin padre ni madre y pasó otra vez á Aviñon, donde no tardó mucho en conocer que por la infidelidad de su tutor, él y su hermano Gerardo tenían apenas con qué subsistir. A pesar de este desgraciado incidente, Francisco Petrarca halló su consuelo componiendo versos latinos, que fueron los primeros cimientos de su venidera celebridad, y los que le valieron la amistad de personas muy respetables, entre ellas la de Santiago Colonna, y la de su hermano Juan el cardenal.

El 5 de Abril de 1327, lunes santo, á las seis de la mañana, vió por primera vez en la iglesia de Santa Clara en Aviñon, á Laura, esposa de Hugo de Sade, jóven muy distinguido por su nacimiento y fortuna, pero de carácter imperioso y con el que acababa la vida interior de su esposa. Laura tenía veinte años cuando Petrarca la conoció; era rubia y sus hermosos

ojos espresaban la pureza de su alma, la inocencia de sus pensamientos, y cierta tristeza de un espíritu elevado que el deber coloca y sostiene en la opresión. El fatal encuentro de Laura decidió la suerte de Petrarca, quien solo buscaba momentos para seguirla á todas partes. El uso autorizaba la publicidad de este amor, que el juicio de Laura y los celos de su marido redujeron á un platonismo que Petrarca maldecía continuamente; y no pudiendo verla mas que por incidencia, ni hablarla, la sacrificó su gusto por la soledad: la sociedad de Aviñon, tan brillante entonces porque los papas habian establecido allí su corte, se apresuró á rendir homenaje á sus grandes y variados conocimientos, así como á su talento, conocido ya por sus poesías latinas, aun cuando sus versos italianos llegarían bien pronto á hacerle mas célebre en toda la Europa.

Sus frecuentes triunfos como escritor no mitigaban sus culpas de amante, y resolvió dejar á Aviñon para viajar por tierras lejanas; pero Petrarca no podia vivir tan separado de Laura y de Valclusa: volvió á Provenza, y su amor, las gracias, las virtudes de Laura y las aguas que riegan aquel delicioso pais, le inspiraron aquellos sonetos, aquellas *canzoni*, objetos de la admiración de su siglo y de los que despues vinieron. He aquí algunos traducidos por D. Alberto Lista.

¿Dónde cogió el amor, ó de qué vena,
El oro fino de su trenza hermosa?
¿En qué espigas halló la tierna rosa

Del rostro ó en qué prados la azucena?
¿Dónde las blancas perlas, con que enfrena
La voz suave, honesta y amorosa?
¿Dónde la frente bella y espaciosa
Mas que el primer albor pura y serena?

¿De cuál esfera en la celeste cumbre
Elegió el dulce canto, que destila
Al pecho ansioso regalada cumbre

Y de qué sol tomó la ardiente luzbar
De aquellos rios que la paz tranquila
Para siempre arrojaron de mi alma?

Quando el planeta que embelce el dia
Vuelve á la casa del rosado Toro,
Y entre las puntas de encendido oro
Vivificante ardor al suelo envia;

No á la faz solo de la tierra fria
Da en bellas flores nido y desseo,
Mas de la vida celestial tesoro
Lleva del centro á la mansion umbría.

Así mi hermoso sol su luz me ofrece:
Me mira, y va en mi seno derramando
De dulce y blando amor llama halagüeña.
Mas ¡ay! mi labio tímido enmudece,
Y aquel precioso fuego malogrado,
Pierde su fruto en la estacion risueña.

Quando Febo en los piélagos de Atlante
Templo su ardor y el aire se oscurece,
Quejas doy de mi mal, que entonces crece,
A la alba luz, al cielo rutilante.

¡Mi dolor cuenta, simple é ignorante,
A amor, que en los rendidos se effierece,
Al dormido mundo, que enmudece,
Y al dueño esquivo de mi pecho amante.

De mis cansados ojos huye el sueño:
Triste suspiro y lamentable lloro
En mi rostro y mis labios halla el dia.

En tanto el alba, su esplendor risueño
Difunde hasta el camit, y el sol que adoro
No amanece á templar la pena mia.

Todos los sentimientos que forman
al poeta, existen en el alma de Petrarca.

Las disensiones de Italia, el abandono de Roma, le afectaron profundamente, y en 1236, pidió en versos lamentos, dedicados á Benito XII, los males de la patria y el deseo de que Roma recobrase su soberanía. Esta composición hizo que el pontífice nombrase á su autor, que habia recibido las primeras órdenes, canónigo de Lombex. Petrarca se aprovechó de este favor, que le proporcionaba poder visitar la Italia: mas al poco tiempo regresó á su casa de Valclusa, y en ella escribió la historia de Roma y el poema titulado el *África*.

En un torneo al cual asistió el emperador, por hallarse de paso en Aviñon, preguntó quién era entre las damas que le rodeaban, una que se llamaba Laura; y habiéndola conocido, solicitó cortesmente el permiso de be-

sar unos ojos tan célebres por los versos de Petrarca.

Encargaron al célebre poeta la ardua comision de negociar la paz, entre muchos principes y repúblicas en que se dividia la Italia. Enviado por Visconti, señor de Milan, á Mantua, cerca del emperador Carlos IV, si bien no logró el objeto de su misión, tambien es cierto que recibió personalmente de este soberano la acogida mas satisfactoria, y entre otros títulos honrosos el diploma de conde palatino.

Amado y respetado de todos por la lealtad de su carácter, proclamado el genio mas eminente de la época, durante su residencia en la Provenza, le rante su residencia en la Provenza, le coronarse como el primero de los poetas de su siglo. Empezó su marcha á esta ciudad; pasó por Nápoles, donde por espacio de tres dias consecutivos sufrió un exámen sobre la historia, la literatura y la filosofía, por el sabio rey Roberto de Anjeu, quien encantado de las respuestas de su examinado, se despojó de sus insignias de que las céntra en el acto solemne de su coronacion de poeta.

El dia de pascua, 8 de Abril de 1341, subió Petrarca al capitolio y recibió la corona de laurel, que seguidamente depositó en el altar de San Pedro, teniendo para ello que atravesar una multitud, cuyas aclamaciones espresaban el entusiasmo de que se hallaba poseída.

Fue encargado por la ciudad de Roma, para que solicitase de Clemente VI llevarse á dicha capital la silla santa; tambien en diferentes ocasiones verificó ciertas importantes negociaciones, que siempre tenian por objeto la pacificación de Italia, y pasó y repasó los Alpes con mucha frecuencia.

Hallábase en Verona en 1348, cuando recibió la funesta noticia de que el cido Laura; es decir, el mismo dia y á la misma hora en que la vió por pri-

mera vez, siendo Petrarca á quien debemos el conocimiento de tan extraña coincidencia. Aunque Laura tenía mas de cuarenta años cuando murió, y habia sido madre de once hijos, no perdió ninguno de sus atractivos á los ojos de Petrarca, y prosiguió admirando sus encantos y cantando solamente á ella: este amor que nadie ignoró cuando publicó su *canzoniere* y los escritos contemporáneos, ilustraron el nombre de Laura, quien á pesar de su conducta ejemplar, fué acaso demasiado sensible á los padecimientos del enamorado poeta. Sin embargo, la pasión de Petrarca no le preservó de ciertos extravíos juveniles, pues parece que sustentó relaciones muy íntimas con una muger de oscuro linaje, de la cual tuvo un hijo que vivió muy pocos años, y una hija que no separó de su lado hasta que dejó casada.

Predispuesto con la muerte de Laura á las mas graves meditaciones, pasó á Roma y resolvió vivir con la regularidad que le imponia la posesion de los beneficios que habia recibido, mas á título de poeta que de clérigo. Primero se retiró á Venecia, y allí vivió en un magnífico palacio: solo interrumpia sus ejercicios religiosos para entregarse á los estudios, y ya era sexagenario cuando comenzó á aprender el griego, que le enseñaba Filato de Tesalónica, que Bocacio, el mas querido de sus amigos, le habia hecho conocer.

Posteriormente se estableció en Argua, donde el 18 de Julio de 1374 le encontraron muerto en su biblioteca, á los setenta años de edad. Todos los habitantes de Pádua concurren á sus pomposas exequias, siendo sentida y llorada su muerte por todos los hombres ilustres, contemporáneos de sus triunfos literarios, de los cuales habia sido amigo y bienhechor. Su verso, Borsano, mandó erigir á su memoria un suntuoso mausoleo.

Con genio, talento, amor al estudio y al retiro, nadie se admirará de que

Petrarca haya producido obras tan eminentes; pero también se observará la admiración que inspiraron á sus mismos émulos, y los grandes honores que proporcionaron á su autor: esta justicia tan rara hacía los hombres grandes, acaso la debió Petrarca menos á su talento que á la bondad de su carácter, que conquistaba amigos y protectores en todas partes.

Prodigando su tiempo y su dinero para adquirir manuscritos griegos y latinos, reanimó el gusto hacia las obras de los antiguos. Su estremada sobriedad, su aversión á todo género de licencia, no le hicieron sin embargo enemigo de los placeres; su carácter alegre y jovial formaba las delicias de las reuniones donde se encontraba; era hombre probo, buen ciudadano, fiel y generoso con la amistad. La piedad en sus últimos años, exaltó mas todavía las nobles inclinaciones de su alma: austero y severo consigo mismo, era indulgente y tolerante con los demás. Las obras latinas que Petrarca consideraba como un título glorioso para la posteridad, forman 1200 páginas en folio que hoy no se leen, y á continuación se encuentran 80 poetas en lengua toscana, poco estimadas por su autor, pero que también contribuyeron á su inmortalidad: se reducen á sonetos y otras piezas de mediana estension, que puso por título: *Canzoni y Trionfi. La vida y la muerte de Laura*, las dividen en dos partes con el título de *Canzoniere*. Mientras mas se lee á Petrarca, mas se admiran aquellas poesías inspiradas por el corazón. Las mejores ediciones de las obras de este poeta italiano, son la publicada en Bacioli, con comentarios (1823) y la de Butura, impresa en el establecimiento de Didot.



¡POBRE LUCIA!

¡De qué proviene tu tristeza, mi querida Lucía! ¡Es la ausencia de Ma-

drid y de tu madre lo que así te afecta! En los quince dias que hace que tu madre consintió en que vinieras conmigo al campo, residencia habitual de tu buena tía, he sorprendido casi siempre bañados en llanto tus ojos. Dime, hija mia, qué te disgusta; ¿tienen alguna pena que te atormente, ó te fastidia este género de vida apartada y solitaria?

—¡Fastidiarme! ¿ha podido siquiera imaginario vd., tan buena para mí, y tan condescendente y previsora para satisfacer hasta mis deseos mas triviales?

—Bien, prosiguió la señora Brigida; haga dudar; pero si no es eso, entonces me ocultas un pesar secreto y yo ero que tu silencio me lo revela. . . .

—¡Proviene de la privacion de los placeres de la corte!

—Los placeres de Madrid, mi querida tía, son muy reducidos para una familia como la nuestra, de fortuna y nacimiento tan modesto.

—A nada tengo ya á que atribuirlo como no sea á la ausencia de tu madre. . . .

—Mucho la amo. . . . pero vd. la reemplaza tan esmeradamente. . . .

—Eres, niña, bondadosa y lisonjera.

—No, mejor diga vd. sobrina agradecida.

—Ahora, querida mia, no se me alcanza en una jóven como tú, mas que un objeto que pueda causarte pesadumbre. Tú has venido aquí para hacerte mi compañía, mientras que en Madrid quizás has quedado alguien. . . .

—¿Eh! no es esto?

—Cómo, tía mia, eso es suponer. . . .

—Yo no supongo nada, sino que me atreveré á jurarlo.

—Ahora me convenzo de que debía á vd. haberlo confesado todo.

—No hubieras hecho mal; pero lo harás ahora.

Lucía, acercando timidamente su silla á la de Brigida, comenzó con acento entrecortado y conmovido á decirle:

—Ya sabe vd. que rara vez la juventud elegante de Madrid, penetra por las calles de nuestro humilde y apartado barrio de San Francisco; pero sin embargo, mi madre me daba consejos y me precavía contra su seducción, cuando obligada por los negocios de su comercio de conitería, me dejaba sola en la tienda. Casi siempre me despedía diciéndome estas palabras: "Desconfía de las galanterías y requiebros que te dirijan los que vengán con pretexto de comprar pastillas ó yemas, porque desgraciadas de las muchachas creídas que les prestan oídos. Yo siempre prometía no escuchar nada."

—¡Ah! Lucía, Lucía, ya adivino que no has sido fiel á tu promesa.

—¡Oh! tía mia, no me riña vd.; mi madre tenia razon considerándolos en general. . . . pero siempre tambien es fuerza que haya alguna excepcion.

—Sí, y no hay muchachita que no pienso haber tropezado con una.

—¡Oh! Arabel lo es en efecto.

—¿Cómo? ¿se llama Arabel?

—Sí, al señor Luis Carlos Arabel, de quien al principio desconfiaba, pero que despues se espresó con tanta sinceridad y respetuosa ternura.

—Y tanto respeto no le impedía el escoger los momentos que estabas sola?

—Me prometia incesantemente dirigirse á mi madre; pero me decia tambien, que antes era conveniente tuviera ocasion de conocerlos y de estudiar mutuamente nuestros caracteres en estas furtivas entrevistas. En fin, antes de pedir mi mano queria asegurarse de que yo le amaba. . . . aunque no sé yo en verdad cómo queria adquirir esa seguridad.

—Yo si lo sé muy bien, dijo á media voz la señora Brigida; y añadió con alguna inquietud: ¡Esas entrevistas á lo menos se verificarían en la tienda misma, al mostrador!

—Sí, tía mia, y esto le causaba disgusto, porque cuando entraba algun comprador era preciso interrumpir

nuestra conversacion; pero pocos dias antes de llegar vd. á Madrid, sabiendo que mi madre debía el próximo domingo salir á misa y hacer algunas visitas, me exigí que le recibiese.

—¿En tu cuarto?

—¡Oh! no señora; abajo en la tienda: se trataba, me dijo, de una entrevista decisiva para nuestro porvenir.

—¿Y esta enterresía?

—No llegó á verificarse; llegó vd. la vispera.

—¡Ah! respíro, dijo para sí la señora Brigida.

—Debía haber sido el domingo que vd. me trajo aquí.

—Mi buen ángel me guió sin duda, y ya conocerás que en esta ocasion fui yo el tuyo.

—Ciertamente, tía mia, que tuve un gusto muy grande en venirme con vd. á pasar algun tiempo; pero me atormenta el sentimiento de no haber advertido á Luis de mi ausencia, y de la causa que retrasaba esta importante entrevista: me calificará de poco atenta, ó de algo mas quizás, de indiferente; porque como no le he presentado á mi madre y no tiene motivo plausible para informarse de mí, no sabrá dónde me hallo, y esto debe causarle mucha pena.

—No pases cuidado, tranquilízate, porque no dudas que lo soportará mejor que piensas; y sabes tú dónde vive!

—Nunca me lo ha dicho; pero un dia, sin que lo advirtiese, se le cayó del bolsillo del pecho de su levita una tarjeta que tenia escrito: *Calle del Principe número. . . .*

—Calle del Principe número. . . . yo me acordaré.

—Vais á escribirle que estoy con vos aquí?

—No, precisamente escribirle, no; pero el jueves, cuando te acompañe á Madrid para resituirte al seno de tu madre, puede que vaya á visitar á tu señor don Luis.

—¿De veras, tía! sí, qué buena es vd.

—Eh! yo no sé si á tí te desagradará después.

—A mí no, y solo me ocurre si se enfadará por haber confiado á vd. todo, cuando no quería que de nada se enterase nadie, ni mi madre.

—Tranquilízate, mi Lucía; aunque así fuera no se atrevería á quejarse; pero ahora dejemos esta conversacion: el día está muy hermoso, y si te parece dame el brazo y bajaremos al pueblo á dar un paseo.

—Bueno; iremos por la plaza de la iglesia.

—Como quieras, así de paso hablaremos al señor cura, que me aconsejará acerca de lo que preocupa ahora mi ánimo, mientras que tú te entretienes mirando á las mozas bailar.

—Y en tomar parte en sus danzas, si me da vd. permiso; y para que no crean que me quiero distinguir de ellas, no me pongo otro vestido ni la mantilla tampoco; no me parece que lloverá porque no se ve nube alguna.

—Bien, como quieras; pero dame la mía, que no es regular á mis años arrojarme por el pueblo con la cabeza desnuda. Bien, ahora vámonos.

Dejémoslas emprender su expedición, y mientras tanto en Madrid veremos si el amante de la candida jóven está tan afligido como supone; mas para esto debemos remontarnos á algunos días antes de la época de la salida de ella, tan oportunamente determinada por su tía.

II.

Don Luis Cárlos Arabel, uno de los jóvenes de mas gusto y mas elegantes de la corte, hacia ya algun tiempo que era el adorador que mejor acogida y mas atenciones merecia de la encantadora Engracia de N. . . Esta señora reunia á un talento cultivado, que habia producido bellísimas composiciones poéticas que la conquistaron una reputacion literaria, ademas de sus dotes personales y de su hermosura, una considerable fortuna de que

era absoluta poseedora, adquirida por la prematura muerte de un esposo convertido en admirador de aquella musa, y que murió en tal presuncion, como tambien en la que poseia su amor.

Deslumbrada por los homenajes que prodigaba Arabel á su belleza, le otorgó Engracia su mano para la época en que terminasen los lutos de su viudez, y acabase igualmente la composicion de una novela que tenia comenzada, porque habia calculado que estas dos épocas coincidirian; pero como Luis la viera, no obstante sus atractivos, mas ocupada de su ranombre literario y de su riqueza que de su persona, determinó, para hacer mas llevadera la distancia que tenia que salvar hasta su felicidad conyugal, ocuparse aún de algunas amorosas aventuras, aunque veladas de oscuridad y misterio, y una de ellas era la que habia empeñado con Lucía, cuya niña inocente calificaba de pasion ardiente y sincera lo que era solo un pasatiempo.

Rica, linda y muy solicitada, era, puede decirse, hasta cierto punto Engracia, una notabilidad importante, un poder de Madrid en reducida, pero absoluta soberania, y en esta posicion tenia espías á su servicio, es decir, á sus espensas, y estaba al corriente de la intriga que mantenía su futuro en el apartado cuartel de San Francisco: del contratiempo que habia experimentado, precisamente cuando habia conseguido una cita tan incautamente convenida, y del abandono de la corte de su bella amada, conducida por una anciana parienta suya.

Si esta infidelidad intencional hubiese tenido por objeto alguna hermosura de las que pasean por el Prado muellamente recluidas en su carrete, con tanta facilidad; pero un amor como quien dice en el barrio de la Paloma, ó mas bien un capricho, y cuando sobre todo habia tenido un desenlace tan desventurado, no merecia la pena de arrugar el ceño y mostrarse

séria, sino que pensó que el ridículo satisfaría á su venganza, limitándose por entonces á referir á Arabel su desgraciada intriga, como episodio de la novela que la ocupaba.

Pero añadió la maligna Engracia: Yo no sé ahora cómo proseguir, porque por mas que pienso no alino á qué causa atribuir el eclipse de este astro, ó mejor dicho, su rápida desaparicion. ¿Quién será ese Mentor que bajo el disfraz de campesina Minerva ha preservado á mi heroína de la seduccion? ¿ó bien que otro amante mas diestro y afortunado ha sustraído del paterno mostrador á su amada? ¿Qué piensa vd. de esto Arabel, quiere vd. darme un consejo?

Esta celosilla venganza no dejó de lisonjear secretamente el amor propio de don Luis, que no mostró mayor confusion que la que conviene á un jóven de nuestra época, sobre todo, cuando la suprema elegancia ha consumado su imposibilidad y aplomo en todas ocasiones y la entera confianza de sí mismo.

—No seré yo ciertamente el que cometa la indiscrecion de aconsejar á persona tan instruida. . .

—Querrá vd. decir tan bien instruida.

—Como vd. guste; pero supuesto que desea saber mi dictámen, yo daria en el presente caso un giro particular al desenlace.

—Veamos.

—Yo comenzaria por no cuidarme de esa chiquilla, objeto de un capricho pasajero, para que interviniese un personaje mucho mas interesante, al que el jóven ama con pasion, y el que debería vengarse noblemente de un instante de error.

—¿Ah! y cuál seria esa noble venganza?

—La inmediata fijacion del dia del matrimonio dentro del mas breve término posible.

—¿Oh! no soy tan vengativa, dijo Engracia sonriendo.

Pero sin embargo, fué tan elocuente el amor de Luis y tan apasionado,

que acabó por convencerse de que era este el medio mas á propósito de entrar sus ligerezas, y en atencion á ello fijó la siguiente semana para la ceremonia que debía enlazarlos. Esto pasaba dos dias antes de prescribir la cantidad de tiempo que el uso y la costumbre determina para los lutos.

—En seguida añadió Amigo mio, me ha dejado vd. la eleccion del dia, y ahora quisiera tambien hacer lo mismo con el sitio en que haya de verificarse. Las gentes de forma acostumbra, recibida la bendicion nupcial en la iglesia de eleccion ó de derecho, marcharse al campo ó encerrarse en su casa todo el dia, por irritar las visitas molestas y felicitaciones, que en semejante ocasion se reducen á satisfacer una curiosidad muchas veces maligna, y á servir de espectáculo á los curiosos: mucho mas nosotros que somos personas tan conocidas; yo quisiera adoptar un medio mas espedito, que concilia todos los extremos, y que me parece mejor que lo reservan tanmente como otros que lo reservan tanto como si fuera un delito el casarse; ademas que la mala intencion de algunas personas les induce á lanzar sus observaciones sobre la actualidad de los desposados; y diré mas, hasta sobre la existencia interior y conducta de las personas.

—De todas maneras no podrian menos de ser para vd. favorables. Ignoro si Arabel lo pensaba sinceramente; pero en cuanto á la linda viruela quizá tendria sus razones para desconfiar de esta asercion.

—No, contestó ella; su aprobacion seria hasta cierto punto para mí una contrariedad, una especie de profanacion de nuestra felicidad, y la creeria mancillada por la parte que en ella pudieran interessarse los indiferentes. Sabe vd. que á pocas leguas de aquí podemos vernos en el pueblo de H. . . de ninguna especie, porque el dinero allana todos los inconvenientes; de esta manera se verificará nuestra union

sin aparato, sin un millar de testigos, y solo, todo lo mas, delante de algunas gentes honradas del campo, cuya benevolencia es segura y sincera para con las personas de superior condicion. No es cierto que nada tiene vd. que oponer á mis deseos!

—Para mí, es una orden un deseo de vd.

—Es muy justo, porque aun no soy esposa.

—¡Oh! bajo ese aspecto nunca tendrá vd. en mí un marido.

Consiguiente á este convenio se determinó que únicamente saldrían de Madrid los testigos necesarios y una íntima amiga de Engracia, que por afición á los contrastes tuvo mucho cuidado en escoger de una figura y de un talento poco aventajado.

Todo dispuesto algunos dias despues, según los deseos de Engracia, para frustrar con su campestre himeneo la curiosidad y la maledicencia de los muchísimos desocupados de Madrid, partió el carruaje de la linda poetisa conduciendo con ella á su futuro, á la posesion que en muy escasas ocasiones habia ocupado para entregarse á sus estudios literarios. Naturalmente fué este el asunto de la conversacion durante el camino y el tiempo empleado en el desayuno, que precedió á la ceremonia.

—Sí, decia Engracia; en estos amenos lugares he pasado momentos de soledad en que me creia dichosa con las creaciones á que me lanzaba mi fantasía; pero en adelante me asocié con la mas dulce sonrisa, espero que la felicidad no será para mí almas una halagüeña ficcion, sino una realidad seductora. Ahora, amigo mío, como la muger autora nunca ve satisfechos sus deseos, confieso me queda el sentimiento de no haber terminado la novela que con instancia reclama la coleccion de mis obras; mas es fuerza tener paciencia, porque las lunas de miel no son las mas productivas para la literatura, ademas de que su asunto me agrada mucho y quiero tratarlo con

cienzudamente, porque tiene alguna relacion con vd. mismo; tambien porque lo que al principio no era mas que un pasatiempo convirtiéndose despues en objeto digno de una composicion, y puedo asegurar ya sin rodeos, que efectivamente la linda confiterita y su misteriosa desaparicion, han sido los objetos que para escribirla me han inspirado.

—¿Y puede vd., Engracia, pensar así?...

—¡Oh! nada tema vd., no es esto una reconvenccion; ademas de que no he concedido indulto pleno al delincente. . . No, yo me he entretenido con este tema como con otro cualquiera imaginario; pero, me falta un desenlace rápido y natural, para lo que yo desearia que apareciese la jöven por algun accidente dramático, teatral.

—¿Es posible, querida mia, se ocupe vd. de cosas semejantes, cuando nuestra mútua felicidad debia absorber todos nuestros pensamientos?

(Continuará.)



EL SACRIFICIO DE JESUS.

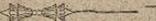
SONETO.

Con crueles ligaduras amarrado,
Y en sus hombros cargando el vil madero,
Al Calvario dirigese el Cordero,
A redimir al mundo del pecado.
Por el pueblo escogido, va arrastrado,
Con su sangre marcando aquel sendero,
Manifestando el rostro, verdadero
Dolor, por verlo así tan humillado.
El pueblo por Jesus beneficiado
Y que colmando fue con sus favores,
Ovillatos entonces y obstinado.
Los paga con insultos y dolores.
Jesus, que siempre fué la mansedumbre,
Lo perdona, y espira en la alta cumbre.

Abril 18 de 1851.—J. M. F. V.



VARIEDADES.



¡POBRE LUCIA!

II.

CONCLUYE.

—Es cierto, tiene vd. razon, Luis; estos momentos debemos consagrarlos con abstraccion de todo, á nosotros mismos, sin que nos importe que digan: *Ese es el egotismo parca*; pero me parece que siento un coche: serán los testigos; vamos á su encuentro, y nos iremos de seguida á la iglesia.

Salieron efectivamente, pero no sin que Engracia echara una mirada á su espejo para asegurarse de que el viaje no habia causado la menor alteracion en su apostura de boda, no obscurto que no tenia que temer el exámen escrutador de los elegantes y reguladores de la moda; con satisfaccion vió que su traje conservaba toda su graciosa elegancia, y que las plumas de su sombrero ondulaban maravillosamente. Luis habia adoptado para la ceremonia un traje de mañana sencillo y de buen gusto, que le pareció en consonancia con el local de la solemnidad.

III.

Mientras estaban en la iglesia, llegaban delante del modesto templo, si-

tuado en una gran plaza decorada de árboles corpulentos, dos personas de quien hemos hecho memoria, al principio de esta verdadera historia.

—Tía, hoy me parece á tu vez en este sitio mas gente que de costumbre.

—Tambien me lo parece á mí, para ser día de labor, añadió la señora Brígida.

Ambas dirigieron á un tiempo la vista hácia la iglesia.—Será, continuó la tía, algun bautismo ó boda lo que así llame la atencion.

—Una boda! debe eso de ser muy agradable; quiere vd., tía, que entremoz!

—¿Y te parece bien entrar así en la iglesia! si vinieras convenientemente vestida. . .

—¡Ah! cuánto lo siento! yo quisiera verlo, porque debe la novia estar muy hermosa; dicen que la felicidad embellece.

—¿Y suspiras pensando en su felicidad!

—No es porque la tenga envidia, sino que yo me digo: Ya llegará un día en que Luis y yo. . .

—¡Pobre Lucia! dijo la señora Brígida suspirando tambien; ¿y si no llegase ese día?

—¡Oh, tía mia, moriría de pena!

—No digas eso, niña; ¡y tu madre, y tu buena tía!

—Si, es verdad, es una locura hablar así; porque cómo es posible que suceda tal cosa! . . . ¡Había Luis de engañar á una pobre muchacha dán-

dola una esperanza mentida. ¡Cuánto siento que se haya frustrado la entrevista que debíamos tener, y en la que dije se fijaría nuestro porvenir!... Yo estoy persuadida de que ahora estaría más tranquila.

—¿Eres una inocente! exclamó la señora Brígida con una sonrisa que trató de disimular.

En seguida, para distraerse de sus ideas se dirigió á un joven abate, que en el traje ordinario de su ocupación, parecía, en defecto de otra tarea, esperar como los demás, á que saliesen los que se hallaban dentro de la iglesia.

—¿Qué es eso, Tomás? preguntó la señora Brígida.

—Dicen que una boda, pero una boda de señores.

—¿Y quiénes son?

—Nadie conoce al novio, ni se le ha visto nunca por aquí; pero ella es una señora que se llama... es una que tiene la posesión de esa gran quinta que está orilla del campo, y se llama, se llama la señora...

—Si, la señora Engracia de N... Eso es, es una que dicen la leen mucho en Madrid; pero como yo no sé leer...

—Si, la citan como una de las más elegantes señoras y notables poetas.

—Yo no sé si es de esas elegantes y poetas; pero me han dicho que viene muy lechugamente vestida, que está muy bonita, y yo he venido para verla.

—Mira, ya que hemos llegado aquí, dijo la tía á la sobrina, aguardárense para verlos salir. Vámonos junio á las gradas, y de esa manera, cuando salgan, los veremos más á gusto.

Efectivamente, una aldemá fué la primera que con una niña de la mano salió de la iglesia anunciando que se había acabado la ceremonia y que quedaba ámbos tanto á las gradas para considerarlos á su salud. Las miradas de todos se dirigían al vestibulo de la iglesia, así como las de Lucia,

que no era la que menos tributo tenia que pagar á su curiosidad.

De repente apareció la dichosa pareja, y Lucia no se atrevia á dar crédito á sus ojos; apenas podia persuadirse de la profundidad de su desventura y volviendo la vista hácia su tía con doloroso asombro, se inclinada su cabeza por el peso de su pena y lo terrible á finespandose el golpe exclamó: —Es posible, Luis!

Escuchadas estas palabras por Engracia, no necesitó de más aclaraciones y como muger autorá antes que todo, exclamó: *He aquí el desenlace de mi novela*. Y al mismo tiempo echó sobre la pobre niña una mirada compasiva y desdénosa. Luis, poseído de una emoción involuntaria miró á la desventurada Lucia con aparente indiferencia, y la mirada alerta solo á considerar los brillantes vestidos de los novios, no se quitó de que allí mismo tambien podia contemplar un culpable y una víctima.

Un mes despues otra ceremonia de un género muy opuesto escribaba tambien la curiosidad de los aldeanos; en lugar de ricas blancas miraban paños funebres, en vez de dos recién desposados, un féretro. Una alma inocente y candida habia sucumbido bajo la perfidia de un golpe que no podía comprender, y todos los habitantes de H... se lamentaban.

—¿Pobre Lucia!

Yo tambien asustada aquí. No hay humana felicidad sin lágrimas, ni no hay dichas sin desventuras.

VIAJE A SUECIA.

El día 2 de Agosto de 1850, salí de Helsingfors en el buque de guerra "Albatros" para Reval.

La mañana siguiente el huracán no bramaba, y nuestro vapor navegó...

(*) Copia del Album del vizconde de Arlincoart.

ba apaciblemente bajo un cielo azul y sobre una mar tranquila; los restos de los pasajeros estaban risueños, iban á llegar á Reval. Esta ciudad se alza en forma de anfiteatro á la orilla del mar, y su parte superior, llamada *la media naranja*, está edificada sobre una roca, desde la que hay una vista admirable. La tradicion da á aquella inmensa roca un origen pético. El gigante Kalew, que habitaba las orillas del golfo de Finlandia, murió, y sus hijos, en número de veinte, le erigieron un simulacro digno de él, y precedidos de su desolada madre fueron á buscar enormes rocas para construirle un soberbio monumento. La media naranja tenia un aspecto imponente, cuando la contratada viuda, llevando tambien un inmenso pedazo de granito al mausoleo de Kalew, se detuvo un instante para llorar. Hallábase sola en el fondo del valle de Jerkull, y entregada á sus dolorosos recuerdos, dejó caer la roca y dió libre curso á su desesperacion, llorando tanto, y tan largo tiempo, que á poco el valle se lleno de agua. Un lago, el lago superior, ocupa el sitio de los pasillos, y la viuda del gigante, victima de las olas á que habia dado origen, y que sus gemidos agitaban, y asaltada por una agitacion que iba en aumento, pereció, en fin, ahogada... en sus lágrimas.

Desembarcado en Reval, fui á visitar la iglesia de San Nicolás, edificada en el siglo XV, la cual encierra el cadáver del duque de Croÿ (*); lo que merece mas atencion es lo siguiente. El duque de Croÿ, que habia nacido en 1650, era uno de los generales mas distinguidos del célebre Pedro el Grande, el cual le dió el manto supremo de su ejército en Narva. El duque renegó este honroso cargo con el pretexto que las tropas rusas obedecerian

con repugnancia á un extranjero, y se dejarían vencer por Pedro el Grande de Croÿ, obligado á someterse á la voluntad imperial, fue abandonado por sus soldados, como lo habia previsto, y completamente derrotado, pues Carlos XII y sus sucesos consiguieron una victoria completa, y el duque fué hecho prisionero. Conducido á Reval, y puesto en libertad bajo palabra de honor, ostento allí un gran lujo, y aunque no recibia de Carlos XII más que una modesta pensión, no se hablaba más que de sus enormes gustos y desórdenes. Se negaban que en las numerosas orgias que presidia, tenia la singular facultad de desembarcarse cuando los demás convidados estaban embriagados como muertos. Para ello le bastaba desembarcarse de su ancha peluca á lo Luis XIV, y en el momento los vapores del vino, saliendo de los poros de su cráneo como un vapor espeso y baquico, le dejaban la cabeza sana y libre en términos de poder comenzar de nuevo á beber. El rey de Suecia, que no solamente se habia apoderado del duque, sino de sus tropas, habia dado libertad á los soldados conservando solo á los principales gefes. El duque de Croÿ amontonó una agitacion que iba en aumento, pereció, en fin, ahogada... en sus lágrimas. No firmó, y otros acredores reuñidos, se opusieron á sus funerales, para lo que les concedia derecho una antigua ley sueca, que condenaba á los deudores á ser privados del honor de la sepultura. En consecuencia, el cadáver del duque fué depositado sin pompa en una humilde bóveda, esperando que alguno de sus parientes le hiciese el favor de sacarlo de aquel sitio. Pero ninguno de los Croÿ de aquella época tuvo esta consideracion para el illustre difunto, que fué olvidado en su rincón por espacio de 118 años (*). Al

(*) Waller-Scott nos afirma positivamente que la familia de Croÿ desciende de Quintin Durward.

(*) El emperador de Rusia ofreció pagar la mitad de las deudas del

cabo de este tiempo, el marqués de Paulicci, gobernador de Reval, hallando que la penitencia mortuoria duraba demasiado, quiso ponerle término, y mandó el entierro definitivo del general de Pedro el Grande. Hizo sacar al duque de Croÿ de su féretro provisional... pero ¡oh sorpresa! estaba en un estado de conservación, que parecía maravilloso. Su traje estaba intacto: se hubiera podido creer que aun vivía. No obstante, era imposible, á pesar de esta rara circunstancia, mirarle como un santo y canonizarle, pues no había muerto de ningún modo en estado de gracia, y hubiera sido un escándalo esponer los maravillosos restos á la veneración de los fieles. Sin embargo, el marqués de Paulicci no pudo resistir al deseo de ofrecerle á la curiosidad pública. Por tanto, el vencido en Narva fué colocado en la iglesia de San Nicolás, bajo una urna de cristal en un lecho lujosamente adornado.

Hace veintidós años que la muchedumbre se reúne en derredor de este singular sepulcro, y el sacristán, que lo muestra á los curiosos, saca una buena renta: el arruinado ha hecho su fortuna.

Cansábame repugnancia ver traficar así, con una rareza sepulcral, y me acerqué á ella con asco: el célebre muerto se presentó en efecto delante de mí, no solo en huesos, sino en carne, á pesar de no haber sido embalsamado. El duque de Croÿ, cuyas facciones no están de ningún modo desfiguradas, conserva aun su vestido de terciopelo carmesí; la balana de encajes, las medias de seda y la camisa con que fué depositado en el féretro, hace ya ciento cuarenta años. El viejo sacristán de San Nicolás lo muestra con orgullo á los extranjeros, y cuando se quiere colmarle de alegría, no hay mas que dirigirle estas palabras:

duque de Croÿ, con tal que su familia constitiese en hacerte enterrar; pero ella, según dicen, lo rehusó.

—Es pasmosa la semejanza que tenéis al duque de Croÿ.

—¿No es verdad? responde lleno de gozo y entusiasmo; y con efecto, la costumbre de vivir con el cadáver del que él llama su *amado bienhechor*, le han identificado con él en cierto modo. *¡Las que se juntan se parecen!* es ya un proverbio; así el sacristán se lisonjea en algún modo de no ser mas que una misma cosa con el duque. *¡Qué triste unidad!*

No obstante, nada hay menos respetuoso que el modo de tratar su atad y sus restos. Sacnde los brazos, las piernas y la cabeza del muerto, sin respeto ni piedad, sin ceremonia ni moderación, y con la mas reprensible irreverencia. Nada le importa que se grite, que se ría á carcajadas sin respetar la muerte ni lo sagrado del lugar, con tal que en seguida se saque el bolsillo. Pagad bien, y todo irá á las mil maravillas.

Habia sucedido recientemente una graciosa aventura en aquella misma iglesia de San Nicolás. Hela aquí: Inés, bello jóven de Reval, tenía por amante á un muchacho llamado Dmitri. Un día, ambos amantes se paseaban juntos en las orillas del golfo, cerca de las ruinas del antiguo convento de Santa Brigidá.

—Dmitri, dijo la hermosa, teneis fama de inconstante; verdad es que me jurais un amor eterno, pero lo mismo habeis hecho con otras muchas.

—No, Inés mia, sola tú eres la dueña de mi corazón.

—¡Ah! ¡si dejases de amarme!

—Si yo dejase de amarte, que Dios me castigue en el momento; que me quite la juventud y la vida, que no tenga piedad de mí, que me reduzca al estado del duque de Croÿ.

—¿Qué idea tan horrible! ¡Cállate!

—¿Tú? ¿Tú dudas de mi amor! pues bien, quiero tranquilizarte; vé mañana por la noche á la iglesia de San Nicolás, y allí, al pié del altar, juraré solemnemente casarme contigo.

—Quedarás así satisfecha?... Dios oirá mi juramento

—Iré, respondió la jóven.

Al día siguiente, á la hora convenida, Inés se encaminó á la iglesia y llegó llena de amor y de esperanza, habiéndose procurado antes los medios de introducirse en el templo; pero entró y solo halló tinieblas y silencio, al llegar á la primera cita.

—¿Cómo! ¿No ha venido aún! dijo la jóven turbada: ¡si habrá cambiado de pensamiento!

Agitábanla sombríos pensamientos, se arrodilló y se dirigió á Dios, esperando al amante adorado. Puesta en la tierra, no era al cielo á quien pedía, pero al menos á él era á quien rogaba.

Pasóse la hora sin que Dmitri llegase, y la desconsolada niña se levantó con espasmos de inquietud y vertigo de terror.

—Ya no me ama, se decía á sí misma; me ha engañado y se burla de mí; Dios castigará al pérfido!

En este momento percibió en una de las estrechidades de la iglesia, una luz viva y roja que salía al través de las hembras de una puerta. Abrióse esta, y vió una sacristía donde habia una estufa (¿quién habrá encendido fuego á esta hora?... ¡Con qué objeto! ¿Pura quién!

Inés corrió hacia el sitio misterioso; su corazón latía con fuerza. Abrió la puerta con precaucion, y vió un hombre sentado en un ancho sillón enfrente de la estufa, que con la espalda vuelta se estaba calentando.

—El es! ¡Ah! Dmitri! dijo Inés; y se acercó pálida y turbada; sus pasos apenas tocaban el pavimento, ni causaban ruido.

—Aquí estoy, amado mio, dijo en voz baja; pero por qué este fuego?

Al decir estas palabras, se acercó y dió un espantoso grito. Dmitri, el bello Dmitri, habia cambiado de forma de aspecto, y se hallaba en el estado de un cadáver, en el estado de el duque de Croÿ, y así convertido en

una momia delante de ella, estaba sentado y se calentaba á la estufa. Desdichada Inés! El horror se pintaba en sus rostros, y recordó con espanto las palabras de su amante en las ruinas de Santa Brigidá.

—Si yo ceso de amaros, que el cielo me reduzca al estado del duque de Croÿ!

—¡Ay Dios mio, Dios mio! exclamó; es así como debía volverte á hallar! Dmitri, eres tú...

La desventurada amante quería reunir todas sus fuerzas y acercarse mas; pero un negro velo oscureció sus ojos, y la pareció que el cadáver se removía, y que oía el crujido de los huesos; la miraba... y se reía... helada de espanto, loca y dando gritos inarticulados, huyó como un relámpago, através de la iglesia á pesar de los obstáculos y de la oscuridad, y llegó á la puerta. Un hombre la cerró el paso.

—¡Inés! exclamó; era Dmitri.

La asombrada jóven cayó en los brazos de su amante, el cual no comprendia nada del espantoso estado en que la encontraba. ¿Qué delirio! ¿Qué era lo que ella decía?

—¿El duque de Croÿ!... estú allí sentado, y ve caliente en una estufa...

—¿Qué escuchas!

—Ha resucitado.

—¿El duque!

—Y le he tomado por vos.

Inés estaba casi desmayada; Dmitri la llevó en sus brazos, y después de haberla dejado en su casa, corrió á la de un magistrado.

—El duque de Croÿ, le dijo, ha resucitado esta noche.

—¡Vamos! Estais loco.

—Venid, ve vereis por vos mismo cómo se calienta en la sacristía después de haber encendido la estufa.

Dirigióse el magistrado á la iglesia; llegó al lugar en que reposaba siempre el ilustre difunto, vió el lecho vacío, y entrando en seguida en la sacristía, hallóse con el cadáver.

—¿Quién val dijo una voz ronca, y el

magistrado cayó de espaldas, no dudando que el resucitado era el que le dirigía la temible pregunta, y creyó morirse en el acto. Felizmente Dimitri le seguía á corta distancia, y se apresuró á suocorrerle: le levantó y preguntóle.

—¡Sí... el duque sentado... cerca del fuego!... esto es inaudito... el muerto se levanta.

En esto se presentó el sacristán, y todo se explicó sin prodigio.

—¡Vos ahí! dijo el magistrado.

—¡Sí: cerca de mi querido bienhechor.

—¡Pero qué hacáis con él?

—Le calentaba.

—¡Para qué?

—Era preciso secarle porque el tiempo está muy húmedo. El duque estaba mojado sobre su lecho, y no solo sus vestidos se echaban á perder, juro que hasta su misma figura se valteraba. Por eso he encendido fuego y calentado á mi querido bienhechor.

El sacristán había ido á buscar leña para su estufa, en el momento en que Inés apercebíó al duque, y él era el que volviendo con su provision y oyendo á alguno acercarse, había gritado: ¿Quién va! Este hecho, como puede suponerse, fué despues referido largo tiempo en numerosos comentarios.

Al día siguiente, caballos de posta me condujeron al castillo de Kolk, donde me esperaban amables amigos. El general Brevern me acompañaba. Dimos de paso una mirada á las ruinas de Santa Brígida, y recogí en el curso del camino muchas leyendas sobre el país; he aquí algunas:

Ukkull era uno de los mas poderosos señores y de los mas belicosos caballeros en la edad media. Habituado una fortaleza cercana de Reval, de la cual huyó de sus esclavos temeroso del castigo de una falta grave que cometiera. Ukkull siguió á su esclavo, pero este se había refugiado en la ciudad libre de Reval, y nadie tenía el derecho de apoderarse de él sin autorización; pero Ukkull era de aquellos

hombres feroces y atrevidos que ningún obstáculo detiene, y que ningún riesgo hace retroceder. Ostentando su altanería entró en la ciudad, se apoderó de su esclavo, y él mismo y con su misma espada le cortó la cabeza, antes que los magistrados tuviesen tiempo de hacerle sus justas reclamaciones. La espada de Ukkull cortaba admirablemente.

Conmúese la ciudad; el soberbio caballero había violado las leyes divinas y humanas. Nada había respetado, ni el sagrado derecho de asilo, ni la autoridad legal, ni las costumbres del país, ni los fueros de la ciudad. Reval debía ser vengada.

¡Mas cómo apoderarse del arrogante guerrero! ¿Cómo lograr que abandonase su fuerte castillo! ¿Cómo prenderle y castigarle! Había en la ciudad una bella y noble dama, á la cual rendía sus homenajes.

El orgulloso Ukkull, aunque no había hecho ningún progreso en su corazón, tenía la costumbre de creer siempre seguro el triunfo. Una noche le entregaron un billete.

—Querido Ukkull: largo tiempo he combatido y ocultado mis sentimientos por vos; pero al fin triunfais, y os amo, y lo que es mas, os lo confieso. Venid esta noche á Reval, yo misma os abriré en secreto la puerta pequeña de mi casa, cerca de la de Steinboch, venid; contaré las horas con la impaciencia del amor!!

Esta carta mal redactada y peor escrita, nada tenía de elegante ni de ingeniosa. Este no era un mensaje de amor en buena regla, pues le faltaban una multitud de medias tintas y delicadezas, las transiciones no eran buscadas con miramiento, su estilo era crudo y la declaración repentina. Una dama de alto rango no podía descarrilarse de tal modo... pero Ukkull, con su carácter presumido, no dudó de que el billete pudiera ser fingido, se había sonrojado de pensar que una mujer dejase de responder á su llamamiento; así se adornó con la ma-

yor elegancia, y apenas llegó la noche llamó á la inmediata puerta.

¡Oh traición! apenas había puesto la mano sobre la aldaba... cuando muchos hombres armados se arrojaron sobre él, y hecho prisionero y cargado de cadenas, quedó en poder de la ciudad indignada que iba por fin á vengarse. Apenas llegó á noticia de los nobles del país la prision de Ukkull por medio de un péfido lazo, tomaron las armas y reclamaron el prisionero. Los magistrados de la ciudad respondieron con audacia que no debían recibir órdenes de nadie, y en seguida Reval se vió cercada. Los sitiadores tenían en su favor el valor y la fuerza; los sitiados tenían el derecho y la justicia: derecho y justicia! palabras vanas, entonces como hoy día; la razón era del mas fuerte.

Era muy natural que los magistrados de Reval serian necesariamente vencidos, la ciudad tomada por asalto, y que la espada triunfara. No importa, la ciudad vengará su agravio. La trompeta ha resonado bajo los muros, y se intina la rendición.

—¡Abrió las puertas en el instante! gritó un heraldo. Los magistrados respondieron: *Está bien, lo que equivale á la palabra sí.* Fueron en busca de las llaves de la fortaleza, y los portadores condujeron á Ukkull á la plataforma que dominaba la antigua puerta gótica llamada *Schmiede-Pfort*.

Caballero, gritaron los defensores; en el momento se pondrán las llaves en vuestras manos: aguardad algunos instantes, en tanto os ofrecemos la cabeza de Ukkull! Habiéndolo condenado la justicia, nosotros ejecutamos la sentencia.

Al mismo tiempo el cautivo caballero fué degollado á la vista de los sitiadores, y la ciudad les abrió sus puertas (*).

(*) En Reval conoció al baron Alejandro de Ukkull, gentil-hombre del emperador y descendiente del famoso caballero de quien hablamos.

Ciertamente había un valor inmenso en desafiarse así un ejército triunfante, en el momento mismo en que se rendía á discreción; pero este valor salvó á Reval. Los nobles que la sitiaban conocían muy bien que su hermano de armas había estado muy lejos de hallarse sin culpa en el suceso que había ocasionado su muerte, y no pudieron menos de admirar la intrepidez con que los magistrados de la ciudad habían pronouciado la condenación del culpado, y ejecutado la sentencia con riesgo de un castigo horrible.

Ninguna venganza se tomó, y solo se dió orden, en expiación de la muerte de Ukkull, que la puerta de Schmiede-Pfort, donde había perecido el celebre caballero, se condensase y tapiase para siempre. Con efecto, así subsistió hasta el reinado de Catalina II, que la hizo abrir.

La cuchilla del verdugo que cortó la cabeza de Ukkull, se conserva en Reval en el museo nacional. En la hoja de la cuchilla, se leen dos versos que dicen:

No fué muerto por venganza,
Sino por voluntad del cielo.

En el siglo XV había en las cercanías de Reval una familia noble y opulenta, que se distinguía en el apellido de Scheremberg; una de las poderosas damas de esta ilustre casa, había reunido cierto día en su castillo una numerosa asamblea. En el fondo del salon donde el festeo se celebraba, había una inmensa estufa tan inmoderadamente pesada, que los castellanos!

—Noble señoral dijo uno de los convidados; ¡qué ninguna es esta casa!

—Sí, murmuró una vez, caviloso, ¡es muy bella, pero no muy saludable! Oyó la castellana, que orgullosa y altanera como Ukkull, se creía privilegiada en todo y para todo, y su fealdad le parecía una gracia debida de